

El olvido que seremos y Mi confesión: testimonio, memoria e historia

FREDY LEONARDO
REYES ALBARRACÍN

Comunicador social de la Fundación Universidad Central de Bogotá, máster en literatura de la Pontificia Universidad Javeriana y doctorando en ciencias sociales de la Universidad Nacional General de Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social de Buenos Aires. Docente de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Santo Tomás.
fredyreyes@usantotomas.edu.co.

El documento tiene como base la ponencia "Memoria, historia y testimonio en las novelas *El olvido que seremos* y *Traiciones de la memoria* de Héctor Abad Faciolince", presentada en el II Congreso Internacional de Literatura, celebrado en la ciudad de Bogotá en septiembre de 2010.



RESUMEN

El documento reflexiona sobre la relación memoria e historia a partir de la novela de Héctor Abad Faciolince *El olvido que seremos* (2006) y el libro periodístico *Mi confesión* (2001) de Mauricio Aranguren Molina respecto al testimonio de Carlos Castaño. En ese contexto, persigo dos propósitos: primero, abordar desde el testimonio la tensión que se configura entre memoria e historia en el entendido de que la memoria tiene como punto de partida un ejercicio en el que subyacen procesos de selección, interpretación y construcción de sentidos frente a un(os) acontecimiento(s) que se traen desde el pasado, mientras la historia trabaja científicamente con evidencias fácticas y verificables que configuran lo que "realmente" ocurrió; segundo, asumiendo la novela como texto en el que se mezclan la biografía y el ensayo, busco ahondar sobre las funciones sociales que puede tener la historia, a partir de las categorías que nos propone Tzvetan Todorov de "memorias literales" y "memorias ejemplares".

Palabras clave: Historia, Memoria, Testimonio, Olvido y Silencio.

ABSTRACT

The document reflects on the relationship memory and history from the novel by Hector Abad Faciolince *Forgetting that we* (2006) and illustrated books *My Confession* (2001) by Mauricio Aranguren Molina on the testimony of Carlos Castaño. In this context, I pursue two purposes: first, from the testimony addressing the tension between memory and history set in the memory is understood that as a starting point an exercise in the underlying processes of selection, interpretation and construction of meaning against a (I) event (s) that are brought from the past, while the story works scientifically factual and verifiable evidence that make up what "really" happened, and second, assuming the novel as a text that mixes biography and the essay, I seek to deepen on the social functions that can have the story, from categories which we proposed Tzvetan Todorov "memory reports" and "memory copies".

Keywords: History, Memory, Testimony, Oblivion and Silence.

PRESENTACIÓN

Un año antes del lanzamiento de *El olvido que seremos* (2006), el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince desató –desde de la columna de opinión titulada “Los hampones literarios” (2005)– una fructífera polémica respecto a cómo la historia del pasado reciente del país la están escribiendo los “*periodistas de pacotilla*”, los “*tinterillos a sueldo*” y los propios delincuentes. Expresaba el escritor en su momento una preocupación compartida en relación con la manera como algunos de esos trabajos, muchos de ellos convertidos en éxitos editoriales, tenían –aún tienen– como principal característica el otorgarles la voz a los asesinos y perpetradores. La preocupación, como se podrá intuir, está en reconocer en esas historias tan solo una versión de lo que ocurrió, lo cual es sintomático para un país que usualmente condena a esa población, en su condición de “víctimas”, al silencio.

Tras sostener algunas discusiones con un par de escritores y periodistas, en octubre de 2006 se lanzó la primera edición de *El olvido que seremos*, relato en el que se reconstruye con detalle, precisión, amargura y, sobre todo, un profundo amor, la figura de Héctor Abad Gómez. Además de ser el padre del escritor, Abad Gómez es recordado por ser uno de los más connotados médicos salubristas del país, promotor de los derechos humanos, catedrático de la Universidad de Antioquia y un humanista en todo el sentido de la palabra. Su trabajo, riesgoso en un país como Colombia, se truncó el 25 de agosto de 1987 cuando dos sicarios lo asesinaron frente a la casa del maestro en la ciudad de Medellín, en momentos en que asistía al sepelio del también asesinado dirigente educativo Luis Felipe Vélez Herrera.

Pero, ¿con quién discute Héctor Abad Faciolince? ¿Con los pocos escritores y periodistas que se sintieron interpelados por sus palabras? ¿Con una sociedad que, como lo señaló Manuel Mejía Vallejo a propósito de la muerte de Abad Gómez, olvida a sus “mejores rostros, sus mejores impulsos, sus mejores guías (...) porque somos tierra fácil para el olvido de los que más queremos” (pp. 7)? ¿Con los perpetradores y asesinos que encuentran en el mercado editorial un escenario propicio para justificar sus acciones pasadas?

En el año 2001 el periodista colombiano Mauricio Aranguren Molina publicó *Mi confesión*, un reportaje centrado en el testimonio del que fuera considerado el principal jefe de un grupo que, como antesala a lo que posteriormente representó la ley de Justicia y Paz, quiso reivindicar un estatus político a través de una supuesta unidad configurada en las denominadas Autodefensas Unidas de Colombia. En el sexto capítulo del libro –título

lado “Mi viaje a Israel y la lucha antiterrorista urbana”– Castaño expresa su posición respecto a los que considera “los padrinos de la guerrilla” (2001:111), incluyendo a los “subversivos de ciudad” (ídem:120-121). Aunque el testimonio no menciona el nombre de Héctor Abad Gómez, las revelaciones de Castaño no solo confirman su responsabilidad en los asesinatos de 1987; sus palabras también justifican sus acciones puesto que su objetivo no fue otro que “*anularles* (eufemismo del verbo matar) *el cerebro a los que en verdad actuaban como subversivos de ciudad. De eso no me arrepiento, ni me arrepentiré jamás*” (2001:115). Sobre el particular, indica Castaño:

“...estoy convencido de que soy quien lleva la guerra a su final. Si no hubiera tomado este camino drástico, habría hecho lo mismo que los gobernantes bandidos de este país, alimentar las guerras para que algunos ganen dinero, y nosotros seguiríamos ahí poniendo el pellejo. ¡No, señores! Si para algo me ha iluminado Dios es para entender esto. Convertí este conflicto en una guerra de alta intensidad, que toca a los sectores que tienen que tocar: los aliados ocultos de la guerrilla” (2001: 116).

Por su parte, Héctor Abad Faciolince en la recta final de *El olvido que seremos* vuelve a plantear la discusión en torno a lo que en su momento llamó los “*hampones literarios*”, para discutir precisamente con esa versión de la historia presentada por Carlos Castaño. Sostiene Abad Faciolince: “Carlos Castaño, el jefe de las AUC, ese asesino que escribió una parte de la historia de Colombia con tinta de sangre y con pluma de plomo, ese asesino a quien al parecer mataron por orden de su propio hermano, dijo algo macabro sobre esa época. Él, como todos los megalómanos, tiene la desvergüenza de sentir orgullo por sus crímenes” (2006: 267). También recuerda el escritor antioqueño, citando la voz de Castaño, el modo como el paramilitarismo decidía, a través del grupo de los seis, los nombres de las personas que debían morir, y, aunque Abad Faciolince no ahonda al respecto, la mención de este grupo es sin duda alguna un buen referente para comprender en la historia reciente del país el fenómeno paramilitar como un proyecto político que tuvo en el comandante de las Autodefensas Unidas de Colombia a uno de sus más destacados verdugos.

Lo claro es que *El olvido que seremos*, pensada en relación con el libro testimonial de Carlos Castaño, permite reflexionar sobre la relación entre la memoria y la historia, así como también posibilita valorar el papel que a los relatos se les puede otorgar en relación con la violencia endémica que venimos padeciendo.

EL TESTIMONIO ENTRE LA MEMORIA Y LA HISTORIA

Un breve recorrido por el campo de las ciencias sociales permite evidenciar que en la relación memoria e historia constituye hoy día una preocupación central de la agenda académica (Jelin, 2002: 63), preocupación en la que también subyace, especialmente desde el campo de la historia, una tensión nada sencilla de resolver, puesto que la literatura asume la memoria como un ejercicio caracterizado por un proceso de selección, interpretación y construcción de sentidos frente a un(os) acontecimiento(s) que se traen desde el pasado (Jelin, 2002: 20); (Pollak, 2006: 34); (Todorov, 2008: 23), mientras el trabajo del historiador está en “reconstruir” ese pasado a partir de evidencias fácticas y verificables que configuran lo que “realmente” ocurrió.

Michael Pollak, en una postura un tanto más extrema, reivindica la historia oral como método que, apoyado en la memoria, posibilita la producción de representaciones que desplazarían el trabajo de reconstituir lo real

Para Elizabeth Jelin, la tensión comienza por las dificultades técnicas y metodológicas que implica el recordar, toda vez que en el ejercicio y en su transmisión se pueden cometer “errores” voluntarios o involuntarios que harían dudar de la fiabilidad y confianza de la información. Ello permite ubicar el punto central de la discusión: la legitimidad que se otorga desde la disciplina historiográfica a la historia oral. Sostiene Jelin que desde el extremo positivista el oficio de los historiadores conduce a la invalidación de las subjetividades de los actores, puesto que sus creencias, sentimientos, recuerdos y memorias carecen de la evidencia material que corrobore lo ocurrido. Por el contrario, una postura constructivista privilegia las subjetividades de las narrativas, equiparando a la memoria con la historia (Jelin, 65-66); La (Capra, 1998:16). No obstante, para la socióloga argentina el debate tiene como principal particularidad el reconocer que la discusión trasciende el ámbito del saber disciplinar y del debate académico cuando el investigador/historiador se convierte en agente público con posturas que inciden en la esfera política. Por esta vía, sostiene Jelin, la memoria se constituye en preocupación y objeto de estudio para la disciplina histórica, comprometiéndolo al profesional como investigador y ciudadano (Jelin: 67).

Por su parte, Michael Pollak, en una postura un tanto más extrema, reivindica la historia oral como método que, apoyado en la memoria, posibilita la producción de representaciones que desplazarían el trabajo de reconstituir lo real: “Si la memoria está construida socialmente, es obvio que toda la documentación también lo está. Para mí, no hay diferencia fundamental entre fuente escrita y fuente oral. La crítica de las fuentes, tal como todo historiador aprende a hacer, debe, a mi juicio, ser aplicada a todos los tipos de fuentes. Desde este punto de vista, la fuente oral es exactamente comparable a la fuente escrita. Ni siquiera la fuente escrita puede ser tomada tal y como se presenta” (Pollak, 2006: 42).

Este argumento audaz y sugerente, no obstante, quisiera matizarlo trayendo a colación los planteamientos de los historiadores Luisa Passerini y Alessandro Portelli: por un lado, Passerini (1991: 47) reconoce que la tarea en el campo historiográfico implica aceptar que las subjetividades propias de las fuentes orales también tienen una historia que es cambiante y cuyos sentidos son el resultado de luchas y disputas. Por otro lado, Portelli (1996: 6) señala que las fuentes orales no siempre son fiables para la reconstrucción rigurosa de un acontecimiento, lo cual no las torna inválidas o descartables, pues sirven para “ir más allá de la materialidad visible de los acontecimientos atravesando los hechos para descubrir sus significados”.

Ahora bien, ¿cómo se manifiesta esa tensión en la novela de Abad Faciolince a partir de la discusión que el escritor entabla con el testimonio ofrecido por Carlos Castaño? Quisiera, entonces, exponer dos planteamientos: primero, resulta evidente que ambos textos se fundamentan en el relato testimonial de Héctor Abad Faciolince y de Carlos Castaño; ambos se expresan en perspectiva autobiográfica pero en claves distintas¹: en el primer caso, con la conciencia de que “el único recuerdo, y también la única posibilidad de olvido

1. Aunque no forme parte de los propósitos de la presente reflexión, es preciso no perder de vista las condiciones de enunciación en la que se ofrecen los dos testimonios. A diferencia de un alto porcentaje de víctimas que están condenadas a un silenciamiento sistemático, Héctor Abad Faciolince es un sobreviviente excepcional, pues su reconocimiento público como escritor e intelectual garantiza precisamente la posibilidad de relatar su versión frente a la muerte de su padre, planteando en distintos escenarios los debates que considere necesarios. En el caso del testimonio de Carlos Castaño, si bien el periodista deja que su testimonio fluya sin ningún tipo de interpelación, hay una metatextualidad que implicó en el ejercicio periodístico un trabajo de selección y organización de la voz del comandante paramilitar.

y perdón, consistía en contar lo que pasó y nada más” (Abad Faciolince, 2006: 225), mientras en el caso de Castaño el testimonio se imbrica en el marco de una narración periodística; en ambos casos las narraciones se sustentan en recuerdos que encuentran en los testimoniantes la disposición a contar sus vivencias y experiencias, las cuales, parafraseando a Pollak, definen los límites de lo efectivamente decible; es decir, podemos presumir y colegir que en ambas narraciones subyacen olvidos y silencios, pero los mismos hay que leerlos en las claves en que se ofrecieron. Teniendo en cuenta que el testimonio dado por Castaño se produce en el marco de un trabajo periodístico, los alcances de lo que dice y de lo que calla tienen una mayor incidencia, sobre todo en los escenarios políticos y jurídicos. Cosa distinta ocurre con la novela de Abad Faciolince, la cual recrea en esencia un pasado familiar que fija su atención e interés en la figura paterna. Sin que el escritor desconozca lo que representó el trabajo de su padre en el plano político –presidente del Comité de Derechos Humanos de Antioquia–, los silencios deliberados que identifico en la novela están anclados a la esfera íntima:

“Abrir el cajón de un muerto es como hundirnos en esa cara que sólo era visible para él y que sólo él quería ver, la cara que protegía de los otros: la de su intimidad. Mi papá me había lanzado muchos mensajes indirectos sobre su intimidad. No confesiones, ni franquezas brutales, que suelen ser más un peso para los hijos que un alivio para los padres, sino pequeños síntomas y signos que dejaban entrar rayos de luz en

sus zonas de sombras, en ese interior del cubo que es la caja oculta de nuestra conciencia. Yo había dejado esos indicios también en una zona intermedia entre el conocimiento y las tinieblas, como esas sensaciones que nos da la intuición, pero que no queremos o no podemos confirmar en los hechos, ni dejamos aflorar con nitidez a la conciencia con palabras nítidas, ejemplo, experimentos o pruebas fehacientes” (Abad Faciolince, 2006: 226).

Un segundo punto está en las disputas y luchas claramente políticas, éticas y morales que se desprenden de los sentidos que los dos testimonios construyen en torno a lo que aconteció en ese sangriento año de 1987. Desde la perspectiva de Walter Benjamin (1933: 28), un acontecimiento vivido es una experiencia cerrada o terminada, pero ese mismo acontecimiento como experiencia recordada no tiene ninguna limitación. Una perspectiva similar plantea Paul Ricoeur cuando habla del acontecimiento como algo de-terminado que no puede transformarse, pero los sentidos que se le otorgan a ese pasado sí son producto de (re) interpretaciones imbricadas en intencionalidades, precisamente, políticas o éticas o morales puestas en una perspectiva futura (Jelin, 2002: 39). Revisando el testimonio de Carlos Castaño se evidencia que su interés al volver sobre el pasado no tiene una pretensión distinta que justificar una serie de acciones delictivas configuradas, para el caso que nos ocupa, en el asesinato de una serie de dirigentes y líderes que fueron catalogados como “subversivos urbanos”:

“Les voy a explicar la forma como trabajábamos, y lo que voy a contar no implica que ellos (el grupo de los seis) sean responsables de estos hechos. Yo les decía: “señores, he descubierto que algunos de los grandes jefes de las FARC y del ELN en la legalidad están aquí”. Les mostraba una relación escrita con sus nombres, sus cargos o ubicación del enemigo. ¿Cuál se debe ejecutar?, les preguntaba, y el papelito con los nombres se iba con ellos a otro cuarto. De allí regresaban señalando el nombre o los nombres de las personas que debían ser ejecutadas...” (Aranguren, 2001:117)

Por el contrario, la intencionalidad de Héctor Abad Faciolince está en mostrar a su padre como un humanista que contribuyó decididamente en la construcción de país a través de su gestión como médico salubrista, como catedrático e investigador por más de dos décadas al servicio de la Universidad



El uso literal de la memoria encapsula el acontecimiento pasado en el presente, pero el uso ejemplar permite que ese pasado se proyecte en un presente que debe garantizar, ante todo, justicia

de Antioquia y como promotor de los derechos humanos. Para dimensionar el trabajo de Héctor Abad Gómez cabe recordar que fue el fundador de la Escuela Nacional de Salud Pública, mediante la cual se desarrollaron las primeras campañas masivas contra poliomielitis. Es un hito en la historia de la medicina pública colombiana la promoción de gestores rurales de salud que incidieron en la reducción de las tasas de mortalidad y morbilidad infantil para las décadas de los años sesenta y setenta (Abad Faciolince, 1989: 21). De ahí que su hijo —el escritor— y sus amigos lo recuerden como un hombre “cristiano en religión, un marxista en economía y un liberal en política” (Vásquez, 1989: IX). No obstante, el testimonio no deja de reconocer las equivocaciones o, como lo afirma el escritor, las estupideces cometidas: “...se metió en movimientos absurdos, lo engañaron por ingenuo, a veces sirvió de altavoz para intereses ajenos que supieron manipularlo mediante halagos. Cuando se daba cuenta de que lo habían utilizado, repetía siempre la misma frase: “Es que a mí la inteligencia no me ha servido sino para ser bruto” (Abad Faciolince, 2006: 220). De cualquier modo, lo que nos quiere decir el escritor en sus distintos relatos sobre su padre es que quienes lo conocieron y ahora lo recuerdan no tienen en su memoria la imagen de un “subversivo urbano”.

LITERATURA, TESTIMONIO Y RECUERDO: LOS PROPOSITOS DE LA MEMORIA

En una reflexión corta pero valiosa, *Los abusos de la memoria*, Tzvetan Todorov plantea un punto que, a mi modo de ver, resulta esencial traer a colación en momentos en que el tema de la memoria adquiere mayor relevancia en la agenda académica colombiana. Señala Todorov (2008: 48-49) que no todos los recuerdos del pasado son admirables, lo que implica preguntarse tanto por los sentidos que se le otorgan al recuerdo como por los usos que en el espacio público se le otorgan a esos sentidos. En ese contexto, distingue entre una lectura *literal* y una lectura *ejemplar* del acontecimiento recuperado.

En la primera, el acontecimiento recordado se produce en asociaciones de directa contigüidad

y no conducen a ningún punto que no sea el mismo acontecimiento, “extendiendo las consecuencias del trauma inicial a todos los instantes de la existencia” (Todorov, 2008: 50). En ese caso la memoria será un ejercicio de literalidad que permanece intransitiva. Por el contrario, cuando el acontecimiento recordado se utiliza en una clave que trasciende el qué ocurrió, el cómo ocurrió y a quiénes involucró, se exploran situaciones nuevas que envuelven a otros agentes y a otras perspectivas. Explica Todorov (2008: 51-52).

“La operación es doble: por una parte, como un trabajo de psicoanálisis o un duelo, neutralizo el dolor causado por el recuerdo, controlándolo y marginándolo; pero, por otra parte —y es entonces cuando nuestra conducta deja de ser privada y entra en la esfera pública—, abro ese recuerdo a la analogía y a la generalización, construyo un exemplum y extraigo una lección. El pasado se convierte por tanto en principio de acción del presente. En este caso, las asociaciones que acuden a mi mente dependen de la semejanza y no de la contigüidad, y más que asegurar mi propia identidad, intento buscar explicaciones a mis analogías”.

El uso literal de la memoria encapsula el acontecimiento pasado en el presente, pero el uso ejemplar permite que ese pasado se proyecte en un presente que debe garantizar, ante todo, justicia (Todorov, 2008: 55).

Pongamos, ahora, esta idea en la línea de discusión entre Héctor Abad Faciolince y Carlos Castaño, lo cual obliga a mirar las voces más allá de lo consignado en las respectivas narrativas. Y es ahí donde quiero rescatar la columna escrita por Héctor Abad Faciolince un año antes de la publicación de *El olvido que seremos*, puesto que puso en la esfera pública una preocupación que apuntaría a ese sentido de memoria ejemplar: las versiones de la historia del pasado reciente las están contando los perpetradores, mientras las voces de aquellos agentes que llamamos “víctimas” se pierden en el silencio que se configura cuando no se encuentra la posibilidad de contar lo que pasó, porque tampoco existe un “otro” dispuesto a escuchar. Sostiene Abad Faciolince (2005: 7).

“Cuando dentro de 100 años los estudiosos y los historiadores hagan sus investigaciones bibliográficas sobre los libros publicados en Colombia a finales del siglo XX y principios del XXI se encontrarán con una gran cantidad de libros, aparentemente testimoniales, escritos por hampones o dictados por éstos a periodistas mercenarios. Verán, entonces, que estas “vidas ejemplares” que se

proponen como lectura popular, eran una especie de santoral invertido, el autoelogio hagiográfico de los delincuentes. Así como Jacobus de Varagine, en el siglo XIII, propuso la leyenda de Santa Marta, Santa Juliana y San Macario, para deificación de los cristianos, aquí se nos proponen hoy las hazañas delictivas de Castaño, Mancuso, Pablo Escobar, el ‘Osito’ o ‘Popeye’, para admiración de los colombianos”.

La discusión que suscita el artículo se complementa con lo planteado en la recta final de *El olvido que seremos*, cuando Abad Faciolince busca enmarcar su recuerdo en un horizonte social más amplio y colectivo, pues los sentidos pueden ser compartidos por unos “otros” –los lectores– que pueden identificarse porque también padecieron una situación similar –un familiar asesinado, desaparecido o torturado por un grupo armado– o bien porque simplemente comparten el sentido construido por el escritor. En esa perspectiva y siguiendo el planteo de Todorov, el testimonio de Héctor Abad Faciolince posibilita el duelo personal, la escritura como vehículo para olvidar y perdonar; pero también se constituye en “memoria ejemplar” en el momento en que el sentido de su relato, por un lado, interpela la “verdad” que pretende tener la versión del que fuera considerado uno de los principales jefes de los grupos paramilitares en el país; por otro, propicia identificación a partir de reconocer que su recuerdo y su dolor se funde en las “otras voces” que ha dejado el accionar del conflicto interno armado, es decir, el ejercicio de reminiscencia se encuadra en un horizonte público en el que el pasado, siguiendo a Todorov (2008: 273 - 274), se constituye en acción para el presente.

“Si las palabras transmiten en parte nuestras ideas, nuestros recuerdos y nuestros pensamientos –y no hemos encontrado hasta ahora un vehículo mejor para hacerlo, tanto que todavía hay quienes confunden lenguaje y pensamiento–, si las palabras trazan un mapa aproximado de nuestra mente, buena parte de mi memoria se ha trasladado a este libro, y como todos los hombres somos hermanos, en cierto sentido, porque lo que pensamos y decimos se parece, porque nuestra manera de sentir es casi idéntica, espero tener en ustedes lectores, unos aliados, unos cómplices, capaces de resonar con las mismas cuerdas en esa caja oscura del alma, tan parecida en todos, que es la mente que comparte nuestra especie. ¡Recuerde el alma dormida!, así empieza uno de los mayores poemas castellanos, que es la primera inspiración de este libro, porque también es un homenaje a



la memoria y a la vida de un padre ejemplar. Lo que yo buscaba era eso: que mis memorias más hondas despertaran. Y si mis recuerdos entran en armonía con algunos de ustedes, y si lo que yo he sentido (y dejaré de sentir) es comprensible e identificable con algo que ustedes también sienten o han sentido, entonces este olvido que seremos puede postergarse por un instante más, en el fugaz reverberar de sus neuronas, gracias a los ojos, pocos o muchos, que alguna vez se detengan en estas letras”.

Finalmente, y a raíz de la expedición de la Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz), la memoria se constituye hoy en una temática que preocupa e inquieta. Su abordaje resulta complejo dadas las condiciones que caracterizan el conflicto interno armado colombiano: disonancias en los análisis respecto a los factores que lo originan; violencias prolongadas a lo largo de seis décadas que se yuxtaponen; confluencia de fenómenos sociales traumáticos en los mismos escenarios –verbigracia, tenencia de la tierra, insurgencia, narcotráfico, paramilitarismo, empresas transnacionales–; discrepancias en los diversos intereses que se registran en relación con las posibles salidas que tendría el conflicto. También adquiere

“ El uso literal de la memoria encapsula el acontecimiento pasado en el presente, pero el uso ejemplar permite que ese pasado se proyecte en un presente que debe garantizar, ante todo, justicia ”

relevancia, como no se había visto en la historia reciente del país, el tema de la verdad, la justicia y la reparación como principios esenciales de unos procesos que deben propender por ofrecer análisis para que esa violencia endémica se vuelva inteligible, posibilitando alcanzar procesos de reconciliación nacional que garanticen a los sobrevivientes sus derechos. En ese contexto, no se puede perder de vista que los testimonios de sobrevivientes y perpetradores evocan los acontecimientos con marcas que representan lo que los mismos significaron y siguen significando. En cualquier caso, las narrativas inscriben unos sentidos que se contraponen. La literatura, en especial la testimonial, nos ofrece una rica veta para reflexionar y discernir. La novela de Héctor Abad Faciolince no solo rememora la memoria de su padre asesinado por el paramilitarismo: también nos invita a pensar sobre las lecciones que podemos sacar a partir de un recuerdo doloroso, para que éste se constituya en principio de acción político y público en un tiempo presente. ♦

BIBLIOGRAFÍA

ARANGUREN, MAURICIO (2001). *Mi confesión*. Bogotá: Oveja negra.

BENJAMIN, WALTER. “Por un retrato de Proust”, cit. En PORTELLI, ALESSANDRO (1996). “Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli”. En *Historia y fuente oral*.

FACIOLINCE, HÉCTOR ABAD (2005). “Los hampones literarios”. En *Semana*: pp. 7.

FACIOLINCE, HÉCTOR ABAD (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.

FACIOLINCE, HÉCTOR ABAD (2008). *Las traiciones de la memoria*. Bogotá: Planeta.

JELIN, ELIZABETH (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

LA CAPRA, DOMINICK (1998). *History and memory after Auschwitz*. New York: Cornell University Press.

MEJÍA VALLEJO, MANUEL (1989). “Una conciencia moral”. En JUTEN, PAUL. *Una vida por la vida*. Bogotá: CINEP.

PASSERINI, LUISA (1991). “Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo”. En Dora Schwarzstein. *La historia oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

POLLAK, MICHAEL (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.

PORTELLI, ALESSANDRO (1994). “El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral”. En Jorge Aceves. *Historia Oral*. México: Instituto Mora.

PORTELLI, ALESSANDRO (1998). “O massacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junho de 1944): mito e política, luto e senso comum”. En Marietta de Moraes Ferreira y Janaína Amado. *Usos y abusos da história oral*. Rio de Janeiro: Fundacao Getulio Vargas.

RICOEUR, PAUL. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

SCHWARZSTEIN, DORA (1991). *La historia oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

TODOROV, TZVETAN. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

VÁSQUEZ, ALFREDO. “Prólogo para un hombre que murió en primavera”. En JUTEN, PAUL. *Una vida por la vida*. Bogotá: CINEP.

